

ras de la montaña que vemos azul, está nuestra hermana con la sangre hispana. Está Portugal.

Sueña, el alma y piensa, el corazón. Vemos un Imperio. Vemos, nuestra luz...

Es que la mañana, dulce y castellana, tiene, cual la llama, calor y color. Todo el paisaje, es verso de amor.

Tiene junto a ella, la fábrica alada, un claustro: Claustro que parece de encaje y de ensueño: Con las supulturas; todas centenarias, junto a las pinturas que hay en las paredes. Pinturas de tonos suaves, para que esos tonos no nos desentonen, de toda armonía que hay en el lugar; tranquilo, apacible, de su soledad.

Que dulce quietud en él se respira, propicia al encuentro, de nuestro de pensar, con su meditar.

Mirando a lo alto, allí en el frontón del cuerpo avanzado de la Catedral, yo vi llama pura, de eterna canción: Es un rosetón: su nombre «el flamígero». La piedra se tuerce, en él, y se inclina, cual llama que sube; cual llama que nace, dentro el corazón.

Todo esto parece, hecho de milagro, sin esfuerzo humano; coser y cantar. No es cosa de hombres, es, la eternidad.

Soy otra piedra más, de este silencio, de la obscuridad. Hace frío y no lo siento.

Frente a frente estamos, en la inmensidad de esta soledad. La Virgen, que llora, que llora y sonríe... al alma que añora, tiernas melodías que aquí, no hallará.

Sombras de las sombras, que en la noche danzan:

Aquellas figuras del «descendimiento» que hoy en la girola, se animan y viven; llorando, la muerte del Justo.

Aquel buen obispo que yace, en su lecho de mármol, levántese a rezar, cabe al Sagrario.

El santo cortejo de los ventanales, emprendió la marcha, cual seres reales.

Todas las figuras de la sillería—que en talla parecen, por su obscuridad, de aquellos países de la morería—suben y descienden, de las cresterías a aqueste lugar.

Las plantas movían al aire sus flores y por el ambiente, hay perfumes y olores.

Y cantos se oían en la lejanía, como sinfonías, que no eran de aquí.

Hoy todo parece—dentro del misterio de la soledad, de esta noche augusta que vivo en León, y en su Catedral—cuentos de esos bellos, de mil y una noche. Cuentos de esos bellos, hoy, hechos cristianos, porque tienen ellos—al ser bautizados—un valor más puro, más rico, más nuestro, al ser más sagrados.

Lumbre misteriosa que la noche viste. Aureola pálida de la Catedral: Al llegar vosotros, los santos y reyes de los ventanales, se cubren—dichosos—de un fono irreal.

Blanco velo de la desposada...

Plateado manto de la luna: Verde y blanco eres. Rayo luminoso de hoja afilada, que corta la cara divina, de Virgen Amada, y allí, en lo profundo del templo sagrado, hiere vieja losa, con cinta de plata: Duerme el sueño eterno, en ella, un guerrero. Y el rayo de luna, al darle a la piedra, exhala un suspiro, que de dentro viene. Suspiro de huesos, que carne no tienen.

...Fuera, en los picachos de las cresterías, los grajos, chirrían—anuncio de lluvia—es voz de demente: por su negro vestido, de alma doliente.

Salí a la calle: se perdió la luz. Lluve. Todo se tornó, gris melancófa:

El frío y el agua alejaron, la nube de niños, que allí, en el verano, alegren sus juegos, poniéndole a ellos, algo más que el alma; aquellos chiquillos que cual golondrinas, cruzan con su vuelo de raudo zig-zag, mil veces por el mismo suelo. Aquellos que llevan encima—cual canto de amor—todos los colores de las vestiduras de los personajes que en las vidrieras de la Catedral, cantan con su gloria, de luz inmortal.

Antes de alejarme (per sempre quizais!...) de la Catedral, quiero rodearla: abrazo de un alma, hacia otra alma, hecha de otras almas que sintieron, en la eternidad.

Voy a rodearla: Es, cual sea un refugio de buques de vela—puerto que ignoráis—de noche llegamos, jarcias y aparejos, doquiera encontrais. Son las cresterías. Es el alta nave. Son los arbotantes, de esbelta manera. Las flechas agudas, de torres vigías. Es la imagen bella, de la Catedral.

Toda ella refleja, sobre las mojadas losas de la piedra. Se parece a un barco que parte hacia el mar: barco de la fé, que os quiere llevar, con rumbo a la vida de la eternidad.

Heme en esa plaza, que es bello jardín—frente a frente de ella—me siento cojido en malla de seda. Soy su centinela. Soy su enamorado. Me siento bañado, por agua del cielo. Más allí me quedo. Me quedo clavado. Clavado y mojado...

Agua que perdona y que purifica. Perdona el olvido, y olvida su culpa.

Mañana... el agua del cielo—que olvida y perdona—fuente inagotable de vida eternal, habrá regalado a esos ventanales de ricos colores, de la Catedral, un encanto nuevo, que nos atraerá: Música divina, que es canto de amor. Música que el alma, en su desazón, adivina, hecha del silencio, que es palabra eterna, Palabra, de Dios.

MIGUEL DE ESPAÑA

ADMIRÁNDOTE SIEMPRE...

«Por que me dí cuenta —ya al comenzar a enteder la vida — de tu soberano esfuerzo que ante nada se doblegó, y por que al mismo tiempo ví tu afán de superación no exento de renunciaciones, también quise dedicarte un canto que fuera eso: ¡Admiración! ¡Admiración!, y ¡Admiración!

Floreceste en bondad por tu hidalguía,
y fuiste probo, bueno, honrado y justo,
alta la frente altiva, recio el busto,
sembrador castellano de alegrías.

Yo, que era tan pequeño, conocía
tus mimos, tus rarezas y tus gustos
y a veces conocí tu ceño adusto
teñido de fugaz melancolía.

Florón tú de una estirpe de grandezas,
en mí fuera razón lo que te quiero
aunque pensaras: ¡Ay!, quizá no cuadre;

Mas yo que pensé siempre en tus ternezas,
te adoraré por siempre y te venero
y te rezo también... ¡por ser mi padre!

Francisco - Emilio GARCIA